

Exhortación Pastoral

del Rmo. Sr. Vicario Capítular

de la Arquidiócesis de Quito

Curio de la Curia Metropolitana
12 de Agosto de 1918

EXHORTACION PASTORAL

**Que el Vicario Capitular de la Arquidiócesis
de Quito dirige a los Sacerdotes Seculares
y Regulares y a todos los fieles Cristianos
de la misma.**

Venerables Señores sacerdotes

y amados diocesanos :

Desde que Jesucristo, nuestro adorable Maestro, instituyó la Iglesia y dejó encomendado su gobierno a San Pedro y sus Sucesores, como Vicarios suyos en la tierra, no ha cesado ella de repartir con abundancia, no sólo el pan de la Doctrina Divina sino que, además, ha acudido siempre en socorro de sus hijos, cuando los vio acosados por grandes tribulaciones.

No en otra escuela aprendió la Iglesia tanta caridad, sino en la de su Divino Fundador, que, al mismo tiempo que enseñaba a las turbas que le seguían en el camino del Cielo, las alimentaba en el desierto con entrañas de amor y caridad : « Tengo compasión, decía Jesucristo, de estas gentes, porque ha ya tres días que perseveran conmigo, y no tienen que comer : y no quiero despedirlas en ayunas, porque no desmayen en el camino » [1].

Los Romanos Pontífices, alicionados con tan divinas enseñanzas, han apacentado su grey universal con los saludables pastos de la celestial Doctrina, han

(1) S. Mat. cap. XV, v. 32.

atendido con la mayor solícitud a alejar las públicas calamidades que amenazaban al pueblo cristiano y, cuando las naciones se vieron sumidas en grandes tribulaciones, alzaron su voz angustiada y clamaron a las puertas de los corazones generosos para implorar la caridad en favor de los que gemían en la desgracia.

Cuando en el siglo V, hordas guerreras y salvajes bajadas del Septentrión se dejaron caer como asolador torrente sobre los pueblos cristianos de Europa, la Iglesia fue la salvaguardia de la vida y hacienda de los fieles como también de la civilización: ora alejará de Roma al *Bárbaro entre los bárbaros* al salvaje Atila, por intercesión del Papa San León, ora por medio del Pontífice Zacarías evitará que Luitprando, rey de los lombardos, arruine gran parte de Italia, o bien hará que Ratchis, feroz guerrero que sitia a la ciudad de Roma, sea convertido en humilde monje de Monte Casino; y, cuando no pueda evitar la invasión de los *pueblos bárbaros*, la Iglesia se interpondrá entre vencedores y vencidos, dulcificará las costumbres de los pueblos invasores, los ganará con paciencia y constancia para Jesucristo, les enseñará la verdadera caridad, que manda amarse los unos hombres a los otros, como hermanos que son e hijos de un mismo Padre que está en los Cielos.

Pero, habéis de tener en cuenta, venerables sacerdotes y *amados fieles*, que la Iglesia como sociedad universal, completa y perfecta, instituida por Jesucristo para llenar el fin más noble que ninguna otra sociedad tiene sobre la tierra, se fue desarrollando naturalmen-

le, sin esas conquistas y atropellos que manchaban a otras muchas sociedades, hasta conseguir, mediante la Providencia de su Divino Fundador, una posición desahogada en medio de las demás sociedades. El fruto de esta posición fue, no el obtener la autoridad legislativa, judicial y coactiva de la cual, naturalmente, goza desde su institución, sino esa fuerza moral, reconocida al menos implícitamente, aún por las naciones que, temerariamente, se separan en algún tiempo de su obediencia; fuerza moral necesaria en todos los tiempos para poner la paz entre los Príncipes y poderosos de la tierra y arreglar las diferencias, ora nacidas por no estar, a veces, claro y patente el derecho de los pueblos, o bien originados por la ambición de Estados poderosos que, conculcando toda justicia, pretendían hacer desaparecer los legítimos derechos de naciones débiles y pequeñas.

Pero, aún hay más; porque al gozar la Iglesia de un Estado independiente y soberano, podía, mediante una administración benigna y equitativa, disponer de los recursos necesarios ya para atender a las necesidades de un Jefe Supremo, el Papa, como también para socorrer a los pueblos que necesitaban de su ayuda material; pero despojada inicuamente de los Estados que constituían el *Patrimonio de San Pedro*, el Sumo Pontífice se vió reducido a la mendicidad; si bien siempre hubo corazones hidalgos y manos generosas que acudieron a socorrerlo en sus necesidades y por su medio a los pueblos cristianos que, con frecuencia, levantaban sus manos suplicantes en demanda de socorro al Padre Común de todos los fieles.

Y es preciso saber también, amados diocesanos, que el Papa como Jefe Supremo de una Sociedad que ocupa el puesto de honor y preeminencia entre las demás sociedades humanas, necesita de recursos para sufragar los gastos que exigen el buen gobierno de sus súbditos : porque, si una pequeña parroquia necesita de medios para sostener el culto ; y más que una parroquia, necesita de ellos una Diócesis,—fácilmente comprendéis que el gobierno de toda la Iglesia, gobierno que se extiende a las cinco partes del mundo, reclama las ayudas necesarias para el buen régimen de una Sociedad tan vasta, tan complicada y universal—pues, el Papa tiene que sostener sus embajadores o Nuncios Apostólicos en las naciones que tienen relaciones diplomáticas con la Iglesia ; sostiene una Curia numerosa en Roma, con el fin de atender a todas las necesidades, peticiones y reclamos de los fieles todos, de la cristiandad ; envía con frecuencia misiones para evangelizar las tribus salvajes que aún están envueltas en las tinieblas de la idolatría y, cuando Dios en su sabia Providencia visita a los pueblos con pestes, inundaciones, terremotos, o permite, por sus justos juicios, esas guerras cruentas, azote del mundo, bien sabéis que la limosna del Padre Santo es la primera que va a enjugar las lágrimas de los infelices y desgraciados. Testigos son, en estos últimos tiempos, los damnificados con las inundaciones del Tiber, las iglesias de Francia saqueadas por la *Commune*, pero provistas después por la generosidad de los Papas, de alhajas y ornamentos sagrados ; y aún de los obsequios que los pueblos han enviado a los Papas en sus

Jubiléos Sacerdotales ; éllos después los han repartido con larga mano entre las iglesias pobres de aldeas y misiones.

Como pruebas más recientes de la caridad del Supremo Pastor de la Iglesia, comunicaban de Amsterdam el 26 de Enero de 1916 que su Santidad había remitido al Obispo de Strechet 10.000 francos para socorrer a los que habían sido perjudicados en las inundaciones que asolaron varias comarcas de Holanda ; y en 20 de Octubre de 1916, el Sr. Osuchowski, Presidente de la comisión de socorros para las víctimas de la guerra de Polonia, escribía una carta al Exemo. Cardenal Gasparri, de la que es el siguiente párrafo : « Al poner a los pies del Padre Santo, por medio de V. Eminencia, el homenaje de nuestro profundo acatamiento filial, le rogamos respetuosamente que se digne comunicar al Santo Padre la adjunta lista de donativos recogidos en la petición hecha para la Polonia desde el 21 de Noviembre de 1915 a 20 de Octubre del corriente año, merced a la generosa iniciativa de su Santidad ». En 1916 dirigió una carta el Papa Benedicto XV al Cardenal Gibbons, Arzobispo de Baltimore, en la que excitaba la generosidad de los norteamericanos en favor de los niños belgas y remitió, al propio tiempo, 1.000 libras para encabezar la suscripción que con este fin debía abrirse. La carta surtió su efecto : hasta el 4 de Mayo de 1917, el Cardenal Gibbons ha recogido 40.000 dollars ; el Cardenal Turlay, Arzobispo de Nueva York, 1.200 ; el Arzobispo de Dubuque, 7.000 y el «Literary Digest», la gran revista católica, 250.000.

El Papa, mis muy queridos fieles, poco necesita para el mantenimiento de su veneranda Persona; pero, si necesita y mucho, para socorrer a sus hijos los fieles todos de la Iglesia esparcidos por todo el orbe; y si antes, en tiempos mejores a los calamitosos por que cruzamos en la época actual, los buenos católicos de su Padre y Pastor Supremo, ahora, gran parte de ellos que con El compartían sus bienes de fortuna, hallándose pobres y menesterosos, con confianza de hijos que saben que sus súplicas serán oídas y que han de encontrar eco amoroso en el caritativo corazón del Santo Padre, han acudido a El en busca de amparo y socorro; y el Papa no sólo ha intervenido para el canje de prisioneros, entre las naciones beligerantes, que con furia sin precedente en la Historia, se destrozan y aniquilan; sino que además ha llevado recursos pecuniarios, en la medida de sus fuerzas, para remediar a los pueblos devastados por los horrores de la guerra, proporcionando un pedazo de pan a tantas pobres viudas y a innumerables inocentes niños sumidos en la orfandad.

A apoyar humildemente los ruegos que por medio de su representante, el Excmo. Señor Nuncio, residente en Lima, el Padre Santo hace a la noble y piadosa Arquidiócesis de Quito, va dirigida esta Exhortación; y, más que mis palabras, moverán a los fieles todos de los pueblos que forman este Arzobispado, las palabras mismas que en una Circular del 20 de Junio del presente año, me dirige el Excmo. y Rdmo. Señor Nuncio. Hélas aquí: « Aunque la grande y bien conocida devoción que US. I. profesa al Santo Padre, no

deja la menor duda, y está siempre generosamente dispuesto a proporcionarle el alivio moral y material que haya menester su venerada Persona, yo faltaría a un sagrado deber, si no promoviese y alentase las obras de beneficencia en que El se encuentra empeñado en las angustiosas horas que atraviesa el mundo ; entre las cuales es de apremiante necesidad la obra de « *El Divero de San Pedro* » que US. I. conoce demasiado, y, no dudo, la tenga bien organizada bajo, las mejores condiciones de *estabilidad* y *eficacia*, en la importante Diócesis que la Divina Providencia ha encomendado a su apostólico celo ».

« En efecto, si por toda suerte de personas se dejan sentir las desastrosas consecuencias de la sangrienta lucha que está entrojciendo los campos europeos ; el Sumo Pontífice las siente con mayor magnitud ; viéndose obligado, como Padre amoroso, a acudir en auxilio de los que sufren, no sólo en la considerable proporción como antes de la guerra, sino en forma imponderablemente superior a una multitud de hijos suyos que de todas las regiones levantan sus manos suplicantes al Padre común de los fieles, hasta muchos de aquellos que en mejores tiempos compartían con El el fruto de sus economías ; y ahora, o confinados en playas extranjeras o gimiendo bajo el peso de la horfandad y de la miseria, tienden sus miradas al gran Padre de la Cristiandad, quien a su vez exhausto de recursos y henchida su alma de caridad, deja escapar de su pecho el gemido angustioso del socorro ».

« Y este grito conmovedor, que arrancado del pecho más caritativo que hay en la tierra, llega hasta

este lejano Continente, no brinda acaso la más bella ocasión para estrechar los vínculos de confraternidad con los hermanos de todas las razas y condiciones, al amparo de la sombra de un mismo Padre, quien alarga una mano en demanda del óbolo filial y con la otra la deja caer en las del más menesteroso de sus hijos ? »

« Los motivos, ya bastante poderosos, que someramente acabo de anotar, los que, la ardorosa palabra de US. I. sabrá ponderarlos eficazmente, harán eco profundo en los cristianos sentimientos de esa Grey que, con justicia, ama entrañablemente a su Pastor, en quien reconoce sobrados motivos de admiración y gratitud, por el espíritu de abnegación y sacrificio que tantas y tan elocuentes pruebas ha recibido, todo lo que promete la más firme esperanza de que su llamamiento en esta ocasión, tendrá el éxito deseado ».

« Anticipando a US. I. mis más expresivos agradecimientos por el noble interés con que se ha de dignar acoger estas líneas, me es grato ofrecerle mis consideraciones de profunda veneración y particular deferencia »—*Lorenzo*, Arzobispo de Efeso, Nuncio Apostólico ».

Pero de donde ha de sacar el Soberano Pontífice estas cantidades para remediar tan graves y urgentes necesidades como afligen al mundo europeo ? De la limosna que cada uno de vosotros con mano generosa entregue al Sumo Pastor de todos los fieles ; para que El con piadosa mano las reparta entre los infelices que gimen en la miseria ; pues, han sido destruidos sus hogares, talados sus campos, arrebatados sus hijos,

báculos de la ancianidad de sus padres, por la vorágine sin hartura de guerra tan cruel y horrorosa.

Es necesario que ayudemos a nuestros hermanos, no de otra suerte que como hacía el Apóstol de las gentes, San Pablo, para socorrer a los fieles de la primitiva Iglesia y cuyas palabras, escribiendo su carta primera a los fieles de Corintio, quiero trasladar aquí: « Mas en cuanto a las colectas, que se hacen para los santos, es decir, para alivio de los cristianos pobres, haced también vosotros, así como los ordené en las iglesias de Galicia. El primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte, y guarde en su casa lo que guste; para que no se hagan las colectas cuando yo viniere y cuando estuviere presente, los que vosotros aprobareis por cartas, aquellos enviaré para que lloven a Jerusalén vuestro socorro; y si la cosa mereciere que yo también vaya, irán conmigo ». (1^a a los Corintios, cap. XVI).

En la Circular del Excmo. y Rdmo. Señor Nuncio de su Santidad encontramos uno de los medios para imitar la caridad inagotable del apóstol San Pablo y para secundar los fines piadosos que en los tiempos actuales reclama la mendicidad a que fue reducido el Vicario de Jesneristo por una fuerza impía y usurpadora; este medio será « El Dinero de San Pedro ». Mas, como de tan piadosa Institución no habréis á caso oído hablar todos, me parece conveniente hacer de ella una ligera reseña histórica: « El Dinero de San Pedro » es una oblación voluntaria y generosa que los fieles hacen al Sumo Pontífice para sufragar los gastos que tiene como Jefe y Cabeza visible de la Iglesia. No se ha

de confundir este óbolo de caridad de los fieles a su Supremo Jerarca con las donaciones que otros tiempos hicieron reyes y emperadores a la Sede Romana y que constituyen el *Patrimonio* de San Pedro, ni con otros tributos que por diversos conceptos se pagaba al Vicario de Jesucristo ; como tampoco con los *diezmos*, porque estos son obligatorios y constituyen el objeto de uno de los Preceptos de la Iglesia. Esta piadosa institución tuvo comienzo en la oblación con que uno de los reyes de Inglaterra se obligó a pagar por sí y por sus sucesores en el principado de Wesser, y consistía en pagar un *dinero de plata* por cada casa de sus dominios que poseyera una renta anual de treinta *díneros* : este tributo tomó con el tiempo el nombre de « Dinero de San Pedro ». Tan piadosa Institución se propagó por toda Inglaterra y Dinamarca, gracias al santo celo del rey Canuto el Grande, llegando a establecer después en Francia, Alemania y en casi toda Europa ; varias alternativas de prosperidad y decadencia atravesó esta Institución, hasta que llegó a desaparecer con los trastornos religiosos acarreados por la impiedad del Protestantismo.

Mas, Dios Nuestro Señor, no consiente que su Iglesia carezca ni aún de aquellos recursos maternos que le son necesarios para su gobierno ; y, « El Dinero de San Pedro » comenzó de nuevo a propagarse en España, donde hay un cepillo destinado a recibir este piadoso y voluntario donativo, que se entrega a los Señores Obispos y que éstos envían a la Santa Sede.

A este propósito, no estará por demás traer aquí las palabras de un publicista católico que, exhortando

a los españoles a contribuir al « Dinero de San Pedro », dice así : « Dad por el Papa, católicos españoles ! Dad por el Papa que por todos dá. El Papa es como el mar, que recibe de todos los ríos, para devolverles después con creces lo mismo que de ellos ha recibido. Dad al Papa para confusión de sus enemigos. Cada limosna que dáis es un hermoso acto de fe más explícito y franco. Dad por el Papa los que servís, los que mendigáis vuestro sustento ; dad, aunque no sea sino la humilde moneda de un centavo, que tanto más será agradecida la limosna cuanto fuere más pobre la mano que la dió. » « Dad, para que podamos decir : « Beatísimo Padre, este puñado de monedas que os ofrecemos representan las monedas de los que trabajan en los campos y fábricas, de los moradores de las chozas y palacios ; de los niños, mujeres, soldados, nobles, eclesiásticos y letrados ; en este puñado de monedas, va envuelto el sudor, el trabajo y las privaciones de muchos. »

Mas, como no hemos encontrado esta Institución de « El Dinero de San Pedro » establecida en la Arquidiócesis, que por ahora transitoriamente gobernamos y, deseando, por otra parte, acudir al llamamiento que el Sumo Pontífice Benedicto XV nos hace, nos ha parecido, después de implorar el auxilio del Cielo, ordenar lo siguiente :

Primero.— Esta Exhortación se leerá en todas las iglesias de la Arquidiócesis el primer domingo después de recibida ; y, se suplicará al pueblo que contribuyan todos, siquiera con un centavo el que menos pueda y

con más los que tengan recursos para auxiliar al Santo Padre en sus necesidades públicas ;

Segundo.— En cada iglesia se pondrá un cepillo, con la inscripción : « Limosna para el Papa », en donde depositen los fieles esa contribución ; y los Rectores de cada una harán recoger diariamente lo depositado en el cepillo ;

Tercero.— Cada mes se enviará a la Curia Metropolitana la colecta, por pequeña que sea ;

Cuarto.— No dejarán los Rectores de las iglesias de recordar a los fieles, de mes en mes, esta obligación sagrada.

Augurando un feliz resultado de esta nuestra invocación y súplica, a nombre del Dios benefactor de los hombres, agradecemos de antemano a todos nuestros amados diocesanos ; y, el Dios de las misericordias que paga con un crecido premio un vaso de agua que se dé por su amor, os bendecirá con creces y pagará vuestra limosna, pedida por el Santo Padre para socorro de los que ahora son sus más desgraciados hijos.

Dado en el Palacio Arzobispal de Quito, a 10 de Julio de 1918.

N. ARSENI0 SUAREZ.

IMPRESA DEL CLERO

